

¿TIEMPOS MODERNOS O TIEMPOS NACIONALISTAS? LOS ORÍGENES DE LOS NACIONALISMOS CONTEMPORÁNEOS EN QUEBEC Y EUSKADI (1880-1936)

Modern Times or Nationalist Times? The Origins of Contemporary Nationalism in Quebec and the Basque Country (1880-1936)

Carlos E. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca, Calle Cervantes s/n, 37003 Salamanca

BIBLID [0213-2087 (2000) 18; 95-116]

RESUMEN: Analizar comparativamente los nacionalismos franco-quebequés y vasco, especialmente en relación con sus orígenes y los ingredientes sociales, políticos e ideológicos que coadyuvan a explicar su aparición y desarrollo, es el objeto central de este trabajo. La ambigüedad discursiva, el radicalismo ideológico y el pragmatismo político que caracterizan a estos movimientos son estudiados desde la perspectiva de sus bases sociales y los cambios introducidos en sus alianzas políticas, lo que explica el «efecto péndulo» que caracteriza la historia de estos nacionalismos. Por tanto, es esencial para clarificar la naturaleza de este fenómeno integrar por un lado las formas de construcción de los estados contemporáneos canadiense y español con la aparición de sociedades nuevas y problemáticas específicas en Quebec y Euskadi. Desde esa perspectiva es posible tratar de entender la aparición de los nacionalismos respectivos, sus reivindicaciones y sus relaciones y desencuentros con los estados español y canadiense.

Palabras Clave: Nacionalismo vasco, nacionalismo quebequés, historia comparada, nación e ideología.

ABSTRACT: The main object of this study is to compare French-Quebecois and Basque nationalisms, especially as regards their origins and the social, political and ideological ingredients that together help to explain their appearance and development. The discursive ambiguity, the ideological radicalism and the political pragmatism that characterize these movements are studied from the perspective of their social bases and the changes introduced in their political alliances, which explains the «pendulum effect» that characterizes the history of these nationalism. Thus, in order to clarify the nature of this phenomenon it is essential to integrate, on the one hand, the forms of construction of the contemporary Canadian and Spanish states with the appearance of new societies and specific problematic in Quebec and the Basque Country. From this perspective it is possible to try to understand the appearance of the respective nationalism, their claims, their relations and their divergences with the Canadian and Spanish states.

Key Words: Basque Nationalism, Quebecois Nationalism, comparative history, nation and ideology.

Se pertenece a la misma nación cuando se comparte la misma «cultura», y cultura significa un sistema de ideas, signos, asociaciones y maneras de comportarse. Es decir, las naciones vienen a ser artefactos de las convicciones, lealtades y solidaridades del pueblo.

Inman Fox¹

En 1936, en circunstancias muy distintas, dos líderes nacionalistas, conservadores y católicos conseguían imponer sus hegemonías políticas sobre sus respectivas naciones (o al menos parte de ellas) en dos puntos muy distintos del planeta. En Quebec, Maurice Duplessis llegaba a primer ministro de Quebec al frente de la *Union Nationale* (UN), un movimiento político, autodefinido como católico, «liberal conservador» y nacionalista franco-quebequés, nacido en 1934. El mismo año que *Le Chef* llegaba al cargo que ejercería hasta 1940 primero, y desde 1944 hasta su muerte en 1959 después, José Antonio Aguirre era aclamado como primer *lehendakari* de un Gobierno vasco, cargo que ocuparía en la práctica menos de un año, pero que honoríficamente le acompañaría hasta su muerte en 1960. Aguirre también alcanzó su cargo al frente de un partido nacionalista, el Partido Nacionalista Vasco (PNV), que aunque con una historia más larga que la de la UN, también era una organización relativamente nueva, tras su reorganización y reunificación de 1930, en la que reafirmó su dogma aranista, basado en un nacionalismo católico, conservador en lo social, y liberal en lo económico.

Con independencia del distinto destino que les tocaba esperar, y las evidentes diferencias entre sus respectivos Estados (Canadá y España), ambos movimientos compartían elementos comunes como una problemática lingüística, una complicada transición del Antiguo Régimen (que existió en Quebec hasta la abolición del régimen señorial en 1857 y en Euskadi hasta la definitiva abolición foral de

1. *La invención de España*. Cátedra. Madrid, 1998, p. 18.

1876), o como una nueva realidad industrial, originada a finales del siglo XIX, y que entró en crisis en la década de 1930, momento en que las fracturadas sociedades quebequesa y vasca vieron un claro ascenso de sus respectivos nacionalismos. En ambas sociedades, todavía en la década de la Gran Depresión la Iglesia católica (especialmente el bajo clero), seguía siendo junto a la familia tradicional un fuerte vertebrador social y movilizador político de una mayoría de la población, y la modernización social no había conllevado la paralela laicización de unas culturas aún muy tradicionales.

En ambos casos, también la «cuestión nacional» había sido un problema heredado del siglo XIX, cuando tras quebrar las estructuras tradicionales, la construcción de sus Estados respectivos había generado unas comunidades «nacionalistas» que, culturalmente, rechazaban la legitimidad defendida por las nuevas constituciones. Estos nacionalismos, como movimientos políticos, habían movilizado una creciente cantidad de apoyos sociales desde los comienzos del siglo XX, un siglo que tanto en uno como en otro caso no ha visto solucionados estos debates, sino incrementada su problemática a través de la sucesión y superposición de crisis, no siempre bien resueltas.

En realidad, los nacionalismos de Quebec y Euskadi, como la gran mayoría de los nacionalismos sin Estado, comparten una ambigüedad política basada en el hecho de que a su radicalismo ideológico unen unas enormes dosis de pragmatismo político, en gran parte condicionado por encontrarse el núcleo de sus respectivas bases sociales en unas medianas y bajas clases medias que a lo largo de la historia han cambiado sus alianzas políticas, a veces colaborando con las elites en la defensa del sistema económico y social del que son una parte integrante, a veces desarrollando alianzas populistas con las clases trabajadoras en aquellos otros momentos en los que la reivindicación de mayor poder político para estos grupos hacía suya la bandera «nacional» en su oposición a esas elites del Estado (con las que en otros momentos y en otros ámbitos se sigue colaborando). Esta contradicción entre la ideología radical del nacionalismo y su componente política práctica, es lo que originaría el «efecto péndulo» en el análisis de la historia de estos nacionalismos.

En el caso de Euskadi, este devenir cíclico de las políticas nacionalistas aparece estudiado en *El Péndulo patriótico*, una historia del PNV que tras analizar el período 1895-1936, destaca especialmente el carácter «contradictorio» del nacionalismo que asumía el Gobierno vasco:

«A pesar de la clara expansión del Partido Nacionalista Vasco entre 1895 y 1936, las contradicciones marcan su evolución histórica [...]: contradicción entre la reivindicación de la independencia de Euskadi y la práctica de una política autonomista; contradicción entre sectores radicales y moderados dentro del partido; contradicción entre un ideario tradicionalista y una aceptación de hecho del liberalismo y la democracia; contradicción entre su tradicionalismo ideológico y su modernidad en la acción política; contradicción entre el mantenimiento a ultranza del aranismo, tenido como doctrina inmutable (incluso elevando a Sabino Arana al Olimpo de los dioses), y el abandono paulatino en la práctica de las aristas más

afiladas de su corpus doctrinal; contradicción entre la ausencia de una definición de la relación entre Euskadi y España (e incluso una negación de España como tal) y la participación en las instituciones políticas españolas...»².

A diferencia del PNV en Euskadi (que hegemoniza la representación política del ideario nacionalista hasta 1959), en Quebec no hay un único partido que unifique de igual forma la tradición nacionalista hasta la UN de Duplessis, que ejercerá una hegemonía política casi ininterrumpida en el gobierno de la Provincia entre 1935 y 1959. Pero esta ausencia de un partido o partidos que articule a la comunidad nacionalista no esconde, sino todo lo contrario, el hecho de que la práctica política de los nacionalistas quebequeses ha sido tan pendulante (o más) que la del propio PNV, tanto en aquellos momentos, como antes y después.

Dentro de la interpretación «pendular» de la historia de estos dos nacionalismos sin Estado, cabe preguntarse si coincidencias como las de los «éxitos» nacionalistas de 1936 son consecuencia simplemente del azar, o si por el contrario hay alguna «lógica» que permitiese entender mejor el comportamiento de los movimientos sociales de tipo nacionalista. Para poder responder a esta cuestión, se hace necesaria una comparación de la historia de ambos movimientos desde su origen como ideología (en los dos casos, la década de 1880), hasta el ya citado momento cumbre de 1936. En ambos casos, se hace necesario un análisis histórico que complementa al del propio nacionalismo, a través de la inclusión de un breve análisis de los estados en los que se involucran ambos movimientos (Canadá y España), así como de las fuertes transformaciones sociopolíticas que afectan a las sociedades quebequesa y vasca del primer tercio del siglo xx.

EL ESTADO CONTEMPORÁNEO Y SU CONSTRUCCIÓN

La idea de Estado y la idea de sociedad se condicionan mutuamente.

W. H. RIEHL³

Los marcos estatales canadiense y español caracterizan su desarrollo en el siglo XIX como la progresiva imposición de las distintas reformas liberales, así como por la construcción y defensa de sus nuevas estructuras económicas de Estado-mercado nacional. En Canadá, tras un conflictivo principio de siglo XIX en el que la propia existencia de una única entidad geográfica que agrupase a las distintas colonias británicas de Norteamérica seguía cuestionándose (la Guerra angloamericana de 1812-14, o la Rebelión de 1837-38, que vio declarada la República independiente de Quebec, así lo atestiguan), hasta la Unión de 1841, momento en que Canadá Este (Quebec), Canadá Oeste (Ontario), Nueva Escocia y Nueva Brunswich forman Canadá. De hecho, va a ser la Confederación de 1867

2. PABLO, S. de; MEES, L. y RODRÍGUEZ RANZ, J. A.: *El Péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco I: 1895-1936*. Crítica. Barcelona, 1999, pp. 284-285.

3. *La sociedad burguesa*. Península. Barcelona, 1985, p. 252.

la primera Constitución del «Dominio» británico que define Canadá como un Estado semi-independiente, tutelado por el Imperio británico. El hecho de que Canadá no alcance su independencia «total» hasta 1982, y la real (es decir, el control de su propia política exterior soberana) hasta la *Westminster Act* de 1931, dificultó la concreción de una «nación» canadiense separada de la metrópoli y su ideología imperialista-britanicista a lo largo del período analizado (1880-1936).

Esta Confederación canadiense garantizaba teóricamente la naturaleza dual de Canadá, así como la existencia real de dos mundos: el francófono o *Canadien*, y el anglófono o *British*. Esta teoría, que en principio era global a todo el Estado, desde un primer momento recibió una «corrección geográfica», a través de la cual lo francófono se irá articulando cada vez más en Quebec, mientras lo británico ampliará su hegemonía fuera de la *Belle Province*. Esta corrección geográfica del biculturalismo va a ser, en gran medida, la responsable del posterior desarrollo de dos nacionalismos diferenciados, que pese a compartir el Estado en que se insertan, se consagran como eminentemente distintos y enfrentados: por un lado, los que se reivindicaban descendientes de los colonos de la *Nouvelle France*, conquistados por el Imperio británico en 1759 y, por otro lado, los descendientes de los conquistadores, así como las posteriores migraciones de población anglófona.

Esta dialéctica bipolar, aceptada de hecho (que no de derecho) por la Constitución de 1867, olvidaba voluntariamente al tercer núcleo demográfico canadiense, la población indígena en pleno proceso de asimilación bajo tutela de la Corona, una asimilación que en Quebec (lo que luego se convertirá en un grave problema) era entendida como britanización de la población autóctona. Es más, la propia Confederación tenía una intencionalidad de aglutinante social que fracasaba en sus objetivos políticos desde un primer momento. La propia existencia de un Estado canadiense independiente es un problema, dada la relación de subordinación respecto al Parlamento de Londres en materias tan importantes como la económica. En realidad, hasta el desarrollo de la *National Policy* en 1879 (a través de la cual se impone una tarifa aduanera a los productos británicos), no se puede hablar de «independencia económica» de Canadá, es más, para muchos historiadores, estas políticas son, a la vez que el principio de la independencia «práctica» de Canadá, el inicio del nacionalismo canadiense:

«La política nacional, una política para una economía canadiense, una política materialista para un tiempo materialista, fue la política obvia para dar expresión a un sentimiento nacional canadiense»⁴.

A la altura de 1880, junto con las «políticas nacionales», el Gobierno de Ottawa inició una política de centralización y anglicanización del poder, que desde Quebec será entendida como una «agresión a lo francés». Estos acontecimientos políticos se van a acompañar de una crisis económica, la que supondrá el desarrollo de la segunda Revolución industrial en Canadá, y la conjunción de estas dos

4. BROWN, C.: «The nationalism of the National Policy», en R. D. FRANCIS: *Readings in Canadian History: Post-Confederation*. HRW. Ottawa, 1986, p. 51.

crisis, la política y la económica, será el caldo de cultivo del nuevo nacionalismo francocanadiense, cada vez menos canadiense y más francófono.

En España, el nuevo Estado surgido en 1876, buscaba también solucionar el «problema nacional» que atraviesa el siglo XIX, pero desde otra perspectiva: ya no se trata de «crear» un Estado, el verdadero problema de un Canadá en construcción y expansión, aunque todavía pseudo-colonia británica, sino más bien de «reconstruir» un Estado, el español, independiente hace tiempo, pero que había fracasado entre 1833 y 1876 en su intento de estabilizar las distintas reformas liberales aplicadas en la modernización del propio Estado y la sociedad. Este «fracaso» del Estado español por imponer su hegemonía cultural en sus territorios, se ve condicionado por problemas de difícil solución como el papel de la Iglesia, el papel de la Monarquía, la crisis de la economía y sociedad tradicionales, el fracaso relativo de la industrialización hasta finales del siglo XIX, etc.

Es decir, que mientras Canadá sufría en 1867 los problemas de una sociedad nueva en pleno desarrollo, España era en 1876 una sociedad «vieja» que padecía el desgaste de su modelo tradicional, y se veía convulsionada por el impacto de una modernización de inicio reciente, aunque inevitable en su evolución. Pero al igual que la Confederación canadiense de 1867, el Estado español nacido en 1876 era una estructura nueva que restauraba la monarquía borbónica y católica, consagraba las reformas liberales (especialmente las económicas) que llevaban más de medio siglo debatiéndose, con las que se esperaba modernizar una economía retardataria para su contexto, y articulaba un sistema político de alternancia bipartidista (el turno), que funcionó como estabilizador de la contienda política, pero que al ser excesivamente oligárquico, no ayudó a reforzar la conciencia nacional española, permitiendo el surgimiento de ideas nacionales alternativas a la de España, defendida por el propio Estado:

«En definitiva, “no fueron los nacionalismos periféricos los que destruyeron una supuesta unidad nacional española”, sino que fue el “fracaso del nacionalismo español del siglo XIX, o la crisis de su penetración social”, el que facilitó “por reacción, el éxito político de los nacionalismos alternativos”»⁵.

El modelo de Estado impuesto por la Restauración afectó a Euskadi especialmente, al suponer la definitiva abolición de los fueros tras la segunda derrota carlista en 1876. Al igual que Quebec en Canadá, Euskadi se mantuvo como estructura política diferenciada dentro de la Monarquía española hasta 1839. Igual que pasó con la Rebelión en Quebec, una derrota, la de la Primera Guerra Carlista (1833-39), supuso la incorporación territorial de las provincias forales al mercado-Estado, por fin unitario, español. Las leyes de Espartero de 1841 acaban con una independencia económica de hecho, desarrollando una política «unitarista» o «centralista» similar a la Unión canadiense de 1841, que se basaba en el *Durham's Report* sobre el problema de los francocanadienses.

5. PABLO, S. de y otros: *El Péndulo...*, *op. cit.*, p. 20, citando a Borja de Riquer.

La restitución parcial de los fueros a Vizcaya, Guipúzcoa y Álava en 1844, en ningún momento devolvió el autogobierno anterior a 1839, igual que en Quebec tampoco se devolverá la separación territorial previa a la misma fecha. Estos acontecimientos, antecedentes directos de los estados español y canadiense, van a convertirse así en los momentos mitificados como las «guerras de independencia» frustradas, a las que tanto el nacionalismo quebequés como el vasco (que como realidades históricas no existirán hasta cuarenta o cincuenta años después), hacen referencia en su reinterpretación épica de la historia.

Pero tanto España, como Canadá, sus estados y sus nacionalismos, son anteriores a la existencia de los nacionalismos vasco y quebequés. Grupos como *Canada First* (surgido en torno a 1870), defenderán un Estado-nación canadiense, en el que el hecho francés sería solamente un aspecto cultural, se hacen fuertes en Ottawa, mientras en Madrid, Cánovas reinterpreta la historia de España, a la que describe en 1874 «en el más miserable período de toda su larguísima historia»⁶. Pero estos nacionalismos español y canadiense van a «fracasar» en la construcción e imposición de sus ideas nacionales respectivas. Estas carencias de los estados en la construcción de sus ideas de España y Canadá van a permitir que determinados grupos sociales, normalmente apoyados en rasgos geográficos, socioeconómicos y culturales diferentes, puedan construir una idea de nación, distinta a la del propio Estado, tanto o más fuerte que aquélla, pero que no tiene un Estado real que la sustente.

Entendidas así las cosas, sería un fracaso del Estado en la construcción de su nacionalismo «central», lo que habría permitido el nacimiento de otros nacionalismos «secesionistas». Los nuevos nacionalismos, carentes de Estado «propio», tendrán desde su origen una vocación de construirlo. Y al igual que ocurrió en el proceso de construcción de los estados «centrales», el intento de construcción de los nuevos estados «secesionistas» (aunque sean sólo construcciones «mentales») es un problema que se relaciona con la creación y el desarrollo del «mercado-nacional», es decir, con la imposición del entonces nuevo modelo de producción capitalista.

SOCIEDADES NUEVAS: INDUSTRIA, CAPITAL Y MERCADO

La burguesía nacional será regionalista o nacionalista, pero los límites le están marcados por ese juego del capitalismo mundial.

BELTZA⁷

Hablar del contexto económico del origen de los nacionalismos vasco y quebequés, es hablar del impacto social de la industrialización. En Canadá, la primera industrialización es un proceso datado entre 1840 y 1870, y basado en el tendido de la red ferroviaria que unía el Atlántico con el Pacífico (finalizado en 1885), a la que se unía la red fluvial que conectaba los Grandes Lagos con el Atlántico a través

6. PAREDES, J.: *Historia Contemporánea de España (siglo XIX)*. Ariel. Barcelona, 1998, p. 372.

7. *Nacionalismo vasco y clases sociales*. Txertoa. Donostia, 1976, p. 107.

del río San Lorenzo; Montreal era el centro de esta red, desde mediados del siglo XVIII⁸. El rico mundo artesanal de la ciudad se mecanizó relativamente pronto (1850s), y el modelo fabril aparecía completamente instaurado en 1870, momento en que Montreal era el segundo puerto en importancia de Norteamérica tras Nueva York⁹. Tras la Confederación (1867), los procesos de imposición del industrialismo se aceleraron, y la *National Policy* de 1879 incentivó un desmesurado y rápido proceso de crecimiento económico (especialmente en los sectores de la industria pesada y construcción naval), que tocó techo en 1885 con el final del ferrocarril y el inicio de una fuerte ofensiva obrera encabezada por los *Knights of Labour* (KoL, Caballeros del Trabajo) y la huelga general del acero de 1886, en torno a la cual se crearon 23 agrupaciones de los KoL sólo en Montreal¹⁰.

Tras la derrota del movimiento obrero en Quebec y Canadá, el período 1890-1917 va a ser el de la consolidación de una nueva economía caracterizada por el capitalismo monopolista, la imposición de formas tayloristas de organización de empresa, y el permanente crecimiento productivo. Síntoma de este proceso será la extinción de los KoL en 1902, y la creación del primer sindicato francocatólico de Quebec en 1907, en lo que es otro ejemplo del avance de la cultura nacional francocatólica: de una organización obrera internacionalista como los *Knights of Labour*, con sede en Filadelfia, se pasa al sindicato católico, francófono y quebequés de 1907 (origen de la posterior *Confédération des Travailleurs Catholiques du Canada*, CTCC, en 1921). La victoria del sindicalismo nacionalista y católico en torno a la década de 1920, era, en palabras de B. Palmer, el resultado de un proceso histórico iniciado en torno a 1860:

«En Quebec, la lucha de larga duración entre sindicatos nacionalistas e internacionales ha sido condicionada por el «hecho francés», por la cultura y la perspectiva particulares y exclusivas de los trabajadores de Quebec»¹¹.

Pero la rápida industrialización de Quebec supuso duplicar la población en 50 años, pasando de los 1.359.000 habitantes de 1881 a los 2.874.000 de 1931 (con una tasa permanente de un 80% de francófonos)¹². Mientras tanto, Montreal como metrópoli pasaba de los 170.000 habitantes de 1881 a los 324.000 de 1901 y el 1.023.000 de 1931 (el 13%, 20% y 36% del total de Quebec, respectivamente)¹³. El nuevo Quebec ve emerger, dentro de una elite económica predominantemente anglófona, una nueva clase industrial y francófona, que redefine una nueva concepción del liberalismo, la conservadora:

8. DOUGLAS (ed.): *Origins. Canadian History to Confederation*. Harcourt Brace. Montreal, 1996, pp. 306-309.

9. BURGESS, J.: «L'industrie de la chaussure à Montréal: 1840-1870. Le passage de l'artisanat à la fabrique», *Revue d'Histoire de l'Amérique Française*, vol. 31, nº 2 (1977), pp. 187-210.

10. PALMER B. D.: *Working-class Experience. Rethinking the History of Canadian Labour, 1800-1991*. M&S. Montreal, 1992, p. 131.

11. *Ibid.*, p. 191.

12. DIKINSON, J. A. y YOUNG B.: *A Short History of Quebec*. CCP. Toronto, 1993, p. 199.

13. LINTEAU, P.-A.: «La evolución de las funciones metropolitanas en Canadá: El declive de Montreal y el auge de Toronto», *L'Erable. Apuntes de civilización y cultura canadiense*, nº 0 (1994), p. 72.

«Entre 1881 y 1914, los empresarios francófonos de Montreal formulan un liberalismo conservador, en el sentido de que sirve para preservar los privilegios de los participantes en el poder establecido; un liberalismo respetuoso con la Iglesia católica, presencia con la que los empresarios deben arreglarse, sin renegar a ninguna de las esencias de su liberalismo»¹⁴.

Este nuevo grupo, los empresarios francófonos «liberal conservadores» de Montreal, va a ser el que aporte los cuadros políticos del nuevo nacionalismo quebequés aún en formación. Pero el nuevo mundo industrial de Quebec no sólo significó el ascenso de nuevas clases sociales, también se acompañaba de una permanente crisis agraria, origen de un fuerte proceso de expulsión de población: para el período 1845-1900, se calcula que un 17% de la población rural del valle del San Lorenzo (la más numerosa de la provincia) se trasladó a Montreal, mientras un 21% lo hizo a Rhode Island y un 9% a otras ciudades estadounidenses, totalizando una auténtica expulsión demográfica que alcanzó al 49% de la población rural del Quebec «profundo». El 32% de esta migración se hacía a territorios anglófonos, con unas tasas de retorno muy reducidas (5-10%), y el consiguiente riesgo de aculturación, entendido por el nuevo nacionalismo como «desfrancesización»¹⁵.

A la pérdida de población rural francófona, había que sumar la llegada permanente de inmigrantes europeos, especialmente irlandeses e italianos, a principios del xx, y que entre 1901 y 1930 fueron cerca de 632.000 personas¹⁶. Todos estos procesos económicos y demográficos contribuyeron no sólo a la transformación de la sociedad de Quebec y al apogeo de Montreal como primera metrópoli de Canadá (hasta 1959, siendo sus años dorados los de la Primera Guerra Mundial), sino que también supusieron el final definitivo del antiguo Quebec rural y señorial. La violencia de estas transformaciones fue un factor decisivo en el nacimiento de la idea Quebec-nación, y en principio fue la respuesta tradicional y ultracatólica de aquellos francocanadienses que presenciaban el final de un mundo apenas acabado, y ya mitificado.

El análisis de la industrialización de Quebec, con la importancia que en ella juega Montreal y su región (el valle del San Lorenzo), permite trazar numerosos paralelismos con Bilbao, su Ría y la industrialización vasca. Para el siglo xix, puede hablarse de Vizcaya como la región industrializada de Euskadi. La tradición de manufacturas preindustriales, especialmente las ferrerías de Vizcaya y Guipúzcoa, durante el Antiguo Régimen, su progresiva crisis-reconversión al nuevo mundo capitalista durante la última etapa foral (1841-76), permitió que se alterasen los equilibrios sociales:

14. ROY, F.: *Progrès, harmonie, liberté: le Libéralisme des milieux d'affaires francophones à Montréal au tournant du siècle*. Boreal. Montreal, 1988, p. 282.

15. RAMÍREZ, B.: *On the move: French-Canadian and Italian Migrants in the North Atlantic Economy*. M&S. Toronto, 1991, pp. 35 y ss.

16. DIKINSON y YOUNG: *op. cit.*, p. 201.

«La antigua burguesía mercantil consolidó su hegemonía dentro de la sociedad vasca, favorecida por los cambios jurídicos y políticos y con recursos para mejorar sus posiciones económicas con mayor rapidez que cualquier otro grupo»¹⁷.

Este sector de la sociedad vasca va a ver ratificada su hegemonía cuando, tras la abolición foral, se articule una autonomía económica vasca a través de los Concierdos Económicos, el primero de 1878, y el segundo de 1887 (prorrogado en 1894, 1906 y 1925), con los que las diputaciones adquirirían una autonomía fiscal que les concedía un papel crucial en la economía y política vascas. Va a ser en este contexto en el que Vizcaya experimente su «despegue» industrial, que encuentra su motor en una minería del hierro que quintuplica su producción entre 1879 y 1899 (el año de máxima producción del ciclo)¹⁸. Este proceso industrial, incentivado por el Arancel proteccionista de 1891, permitió una rápida acumulación de capital y concentración empresarial, que devino en un permanente crecimiento económico, que consolidó la potente industria siderometalúrgica de Bilbao y su Ría, especialmente durante el trienio 1898-1901¹⁹. A este ciclo ascendente le siguió una primera crisis en 1901:

«La euforia económica terminó a mediados de 1901, cuando se produjo el crack de la Bolsa de Bilbao, que liquidó a muchas empresas proyectadas los meses anteriores. Con todo, sobrevivió una nueva estructura de la economía vizcaína, que en sus rasgos generales puede considerarse ya plenamente moderna»²⁰.

Tras la crisis, el crecimiento se reinició, pero ya no tanto en manos de las clases medias desencantadas y en parte debilitadas por una crisis bursátil, sino de una oligarquía en desarrollo que alcanzará su clímax durante los años de la Primera Guerra Mundial. El inicio del siglo xx acarreará también la consolidación industrial en Guipúzcoa, que recibe su espaldarazo definitivo en la segunda década del mismo, si bien con un modelo distinto al vizcaíno:

«Podríamos decir que la industrialización de Guipúzcoa fue la opción alternativa frente a la de Vizcaya: ...la dispersión geográfica frente a una concentración industrial; el protagonismo de una pequeña y mediana burguesía (cuya aparición en muchos casos la va generando el mismo proceso) frente a las iniciativas y control de una gran burguesía con caracteres prontamente oligárquicos; la relativa diversificación sectorial frente al exclusivismo de la industria siderometalúrgica vizcaína; la persistencia de una pequeña y mediana empresa como protagonistas del desarrollo industrial frente a la gran empresa»²¹.

17. MONTERO, M.: *La construcción del País Vasco contemporáneo*. Txertoa. Donostia, 1993, p. 78.

18. LORENZO ESPINOSA, J. M.: *Historia de Euskal Herria III. El nacimiento de una nación*. Txalaparta. Tafalla, 1997, p. 35.

19. GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *La formación de la sociedad capitalista en el País Vasco*. San Sebastián, 1977, 2 vols.

20. MONTERO, M.: *op. cit.*, p. 142

21. GARCÍA DE CORTAZAR, F. y MONTERO, M.: *Historia Contemporánea del País Vasco*. Txertoa. Donosti, 1995, p. 140.

A principios de siglo, la nueva economía industrial vasca se asienta en Vizcaya y Guipúzcoa transformando ambas sociedades: de los 189.000 habitantes de 1877, Vizcaya pasa a tener 311.000 en 1900 y 409.000 en 1920, que en Guipúzcoa son 167.000, 195.000 y 258.000 respectivamente²². Este incremento de la población vino reforzado por la atracción de inmigrantes, que en 1900 constituían un 12,3% de la población guipuzcoana, y un 27,8% de la vizcaína²³. El mundo tradicional vasco estaba desapareciendo cada vez más en las dos provincias costeras. La nueva sociedad corroía a la vieja tanto en los núcleos industriales de Euskadi (especialmente Bilbao), como de Quebec (Montreal). En cierto sentido, la suma de los dos problemas estudiados hasta ahora (Estado e industria) es el contexto del que emana, primero la idea, y después la práctica política nacionalistas.

NACIONALISMO E IDEOLOGÍA: LA CREACIÓN DE LA NACIÓN

El fenómeno nacional no puede ser adecuadamente investigado sin una adecuada atención a la «invención de la tradición».

E. J. HOBSBAWM²⁴

Todo nacionalismo (tenga o no Estado) necesita construir, cuando no directamente inventar, su propia definición de nación. Lo habitual es que la construcción de esa idea sea un proceso largo y difícil, en el que la propia «nación» imaginada por un grupo concreto de una sociedad es transformada hasta por los miembros de la propia micro-sociedad nacionalista que la acepta como una entidad de hecho (exista o no de derecho). Cada nacionalismo tiene, primero, que convencer a un grupo suficiente de personas de la existencia de la «nación», y de su pertenencia a ella, porque son esas mismas personas las que la constituyen.

Esto nos llevaría a definir la nación como un hecho totalmente artificial, una religión de Estado, independientemente de la existencia o no de un «Estado nacional», en definitiva, un acto de fe. La nación así entendida se define como una creencia colectiva, y sería, siguiendo a Hobsbawm:

«cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una “nación”»²⁵.

Es decir, que una nación sería aquella sociedad, articulada o no como un Estado, que se compone de un número suficiente de personas que comparten una misma idea de «Estado nacional deseado» (exista o no en la realidad), igual o distinta a la del Estado en el que les ha tocado vivir. Y es una vez creada esta idea (y no antes), cuando aparecen los clásicos argumentos legitimadores del

22. GURRUTXAGA, A.: *Transformación del nacionalismo vasco. Del PNV a ETA*. Haranburu. Donostia, 1996, p. 41.

23. MONTERO, M.: *op. cit.*, p. 148.

24. *The Invention of Tradition*. CUP. Londres, 1983, p. 14.

25. *Naciones...*, *op. cit.*, p. 17.

nacionalismo: raza, religión, lengua, historia diferenciada..., estos elementos serían los «instrumentos» con los que construir la «diferencia nacional», pero en ningún momento son criterios objetivos de esa diferencia, ni esencia de ninguna realidad «política» diferenciada (como mucho, lo serán de distintas realidades culturales).

De hecho, al ser la nación un hecho ficticio (tan ficticias son la nación vasca o la quebequesa, como la canadiense o la española), nacido de un «mito», todos los argumentos que se empleen en su caracterización serán mitificados, empezando por la misma «historia nacional», que debe ser creada paralelamente a la propia idea de nación, sobre sus mismas bases y, por lo tanto, con la misma irrealidad. Como dijo Renan en referencia a la nación francesa: «Interpretar mal la propia historia forma parte de ser una nación»²⁶.

En este sentido, la construcción de la idea de Quebec como nación es un caso extremo de complejidad histórica, con una larga cantidad de propuestas desde mediados del siglo XVIII, hasta su prácticamente definitiva articulación a principios de la década de 1930. De hecho, hasta que Canadá no consiga en 1931 un *status* de Dominio independiente dentro de la *Commonwealth*, el nacionalismo quebequés no adquirirá su conciencia de Quebec como «nación total». Un ejemplo de este hecho sería el diseño de la «bandera de Quebec», aprobado en 1936. ¿No había habido nacionalismo en Quebec hasta entonces? Evidentemente sí, Tardivel, uno de los primeros diseñadores de la idea de Quebec, escribía en 1890 en su obra *L'Anglicisme, voilà l'ennemi*:

«Debería ser obvio, para todo el que lo piense, que la raza francesa en América nunca tendrá influencia real si no está sólidamente asentada en la provincia de Quebec como en un fortín. Debemos desarrollarnos y fortalecernos aquí, bajo la protección de la Iglesia, la cual cuida de nuestros orígenes y cuyas magníficas instituciones son todavía hoy nuestra mayor fortaleza»²⁷.

Tardivel fue uno de los primeros en dejar de hablar de Canadá, para presentar Quebec como la verdadera «nación» de los francocanadienses, en una Confederación que se defendía «bilingüe», pero en la que en la práctica, atacaba lo francófono fuera de la *Belle Province*. Jules-Paul Tardivel era un *québécois* nacido en Kentucky de madre angloparlante, que tras volver a Montreal se transformará en el nacionalista francoquebequés más radical de su momento:

«Dios plantó en el corazón de cada patriota francocanadiense una flor de esperanza. La aspiración de establecer en las riveras del San Lorenzo una Nueva Francia cuya misión será la de continuar en estas tierras de América el trabajo de la civilización cristiana»²⁸.

26. *Qu'est que c'est une nation?* (Conferencia en la Sorbona, 1882), pp. 7-8.

27. Cit. DICKINSON y YOUNG: *op. cit.*, p. 246.

28. Cit. WOODCOCK, G.: *The Century that made us. Canada 1814-1914*. OUP. Toronto, 1989, p. 178.

Nación francocanadiense y catolicismo se hacen uno, y Dios es la justificación última de la existencia de la nación francoquebequesa, con centro en Quebec, pero esparcida por todo Canadá. De hecho, va a ser el ataque a lo francés fuera de Quebec el último resorte que construya la idea de «nación quebequesa». En realidad, desde la conquista inglesa de 1759, la sociedad conquistada, francoparlante y católica se había aislado de los angloparlantes protestantes, autorrecluyéndose en lo que comenzó a llamarse Quebec en 1763. La Rebelión de 1837-38, la Unión de 1841, y la Confederación de 1867 habían establecido un equilibrio interior entre las dos comunidades, que se vio roto con la aparición de un nacionalismo anglocanadiense muy militante durante la década de 1870, en torno al grupo *Canada First*, encabezado por Goldwin Smith:

«Para hacer una nación debe haber una vida común, sentimientos comunes, ánimos comunes y esperanzas comunes. De esto, en el caso de Quebec y Ontario, no hay nada»²⁹.

La agresión al mundo francocanadiense alcanzó un momento culminante en 1889, cuando la *Equal Rights Association* solicitó en el Parlamento de Ottawa la supresión del *Code civile* diferenciado de Quebec; D'Alton McCarthy, líder de la Asociación afirmó:

«El abandono de Quebec a los ultramontanos y los jesuitas será la muerte de la nacionalidad canadiense»³⁰.

El canadiensismo que comenzó como una amenaza ideológica (a la que responde Tardivel en su obra), alcanzará el poder político en varias regiones, iniciando una re-anglicanización social fuera de Quebec, que en la provincia era entendida como un ataque a la nación francocanadiense: la abolición del derecho de las minorías francófonas a la educación en Nueva Brunswick en 1871, en los territorios del Noroeste en 1892, la ejecución de Louis Riel (el último patriota) en 1885, la supresión de la educación francesa en Manitoba en 1890, Ontario lo haría en 1911, y una creciente lista de agravios, hicieron crecer la idea de agresión a lo francés:

«Los retrocesos del francés fuera de Quebec son fuente de resentimiento y contribuyen a un empuje nacionalista»³¹.

Es en este contexto de agresión al mundo francocanadiense en el que Tardivel crea su idea de Quebec, una idea que a principios del siglo xx va a completarse con la creación de una historia propia, o si se prefiere, con la mitificación de la historia propia, una tarea desarrollada, principalmente, por el abad Lionel Grioux, que comenzó en 1925 a impartir su *Seminaire d'Histoire* en la Universidad

29. *Ibid.*, p. 99.

30. FINLEY, J. L.: *The Structure of Canadian History*. Nelson Canada. Scarborough, 1990, p. 266.

31. GAGNON, A. G.: *Quebec y el federalismo canadiense*. CSIC. Madrid, 1998, p. 160.

de Montreal, la primera asignatura universitaria sobre historia de Quebec. La historia de la provincia tras la Conquista de 1759 era reinterpretada como la de la supervivencia del catolicismo francés:

«Groulx estuvo siempre convencido de que los historiadores necesitaban construir una visión del pasado que sirviese para exaltar a los quebequeses a continuar su lucha por la supervivencia como pueblo [...]. Su capacidad de alterar su interpretación del pasado de Quebec fue evidente en la reedición de 1930 de *La naissance d'une race*³².

Con Groulx, la mayoría de los mitos «nacionales» de Quebec alcanzaban el rango de «historia académica». Pero el ideólogo y el historiador (Tardivel y Groulx), necesitan su político. Si bien la tradición de políticos nacionalistas había sido larga en Quebec, en principio, lo habían sido defendiendo un Canadá bilingüe totalmente independiente del Imperio británico, hasta la aparición de un nacionalismo exclusivamente quebequés, y no francocanadiense. Este papel de transición del nacionalismo francocanadiense al francoquebequés lo desarrollará Henri Bourassa en la década de 1910.

En Euskadi, la construcción de la cultura nacionalista no es un proceso tan prolongado en el tiempo. Pese a que se comprueban las aportaciones ideológicas y prácticas de distintos grupos e individuos carlistas y foralistas a lo largo de todo el siglo XIX, la idea nacional, la historia nacional y el partido político nacionalista, son obra de la misma persona:

«En 1894, menos de veinte años después del fin de la segunda guerra carlista, Sabino Arana fundó su Partido Nacionalista Vasco (PNV), inventando de paso el nombre vasco del país ("Euskadi"), que hasta aquel momento no existía»³³.

La importancia de Arana como fundador, o si se prefiere «inventor», de Euskadi como nación, atraviesa toda la historia del nacionalismo vasco, al ser él quien define sus características «esenciales»:

«El nacionalismo vasco fue en sus orígenes un movimiento reactivo; reactivo ante la crisis de identidad y de valores de la sociedad vasca tradicional [...] A partir de esta naturaleza reactiva, el nacionalismo vasco se afirmó como un proyecto de restauración nacional [...]; para Sabino Arana, raza, lengua, historia y religión eran los cuatro rasgos constituyentes que avalaban de manera incontrovertible la identidad nacional vasca»³⁴.

Arana crea Euskadi como idea, y crea también una historia mítica de su provincia en *Bizkaia por su independencia* (1892), donde condena la «españolización» de los *bizkainos* como el auténtico origen de los males de la tierra:

32. RUDIN, R.: *Making History in 20th-century Quebec*. UTP. Toronto, 1997, pp. 55-56.

33. HOBBSAWM: *Naciones...*, *op. cit.*, p. 117.

34. PABLO, S. de y otros: *El Péndulo...*, *op. cit.*, p. 37.

«Lo que hay es que el españolismo ha invadido ya en el orden de las ideas y sentimientos al pueblo bizkaino... y nada más. Si los bizkainos son hoy, pues, víctimas de la opresión más humillante, cúlpense a sí mismos»³⁵.

Identificado el verdadero problema, Arana construye un proyecto político, en el fondo muy regeneracionista, sobre el que fundará el PNV en 1895 (poco antes de su primer encarcelamiento). La base del nacionalismo aranista es la raza vasca, excepcional por su cultura, su lengua, pero sobre todo, por su religiosidad: *Gu Euskadirentzat ta Euskadi Jaungoikuarentzat* (GETEJ, Nosotros para Euskadi y Euskadi para Dios) se convierte en la base ideológica de su doctrina, y el *Jaungoikua ta Lagi-Zarra* (JEL, Dios y ley vieja), en la base política, lo que articula un nacionalismo ultracatólico, muy acorde con los nacionalismos conservadores que le eran contemporáneos en el Estado español. Pero a sus facetas de ideólogo, historiador y político nacionalista, Arana une su aspecto de mártir, encarcelado en 1902, después exiliado, y que regresa enfermo a morir en su tierra en 1903.

El desarrollo del PNV tras la muerte de Arana, entre la represión gubernativa y el intento de implantación electoral, no cambiará la doctrina aranista del partido, reconocida en 1906 en el *Manifiesto* del PNV. Pese a sus diferencias, es indiscutible que las visiones «clásicas» de las naciones quebequesa y vasca comparten aspectos comunes: la mitificación del pasado histórico se presenta como una cosmovisión católica de «salvación colectiva», enfrentada a unos estados que, independientemente de su adscripción religiosa, son entendidos como irreligiosos y amorales; esta oposición al Estado propio (que es entendido como agresor), en un contexto de transformación y crisis socioeconómicas, hizo que gran parte de las clases medias y medias bajas, al igual que un reducido pero importante sector de las elites, construyesen una nueva idea de nación, distinta a la del Estado propio, y en la que las peculiaridades culturales, lingüísticas y hasta jurisdiccionales (en el caso de haberlas), son más los instrumentos de diferenciación, que la esencia de la misma. Así, es posible encontrar ejemplos de discursos similares, como el de la «obviedad» de la existencia de la nación propia, en palabras de J. Madiabeitia, escribiendo en 1910:

«Que la nación vasca existe, nos lo dicen todos los hombres de ciencia, desde Mommsen a Reclus, y lo sabemos mejor que nadie nosotros los vascos [...] Somos una raza definida. Tenemos un idioma propio; costumbres y leyes propias. Somos una nación, la nación vasca. A la nación vasca le hace falta regirse por sus propias leyes; necesitamos crear el Estado vasco»³⁶.

De hecho, las razones últimas del nacionalismo secesionista, tanto en el caso de Quebec como de Euskadi, hay que buscarlas en el descontento de importantes sectores de ambas sociedades que se cierran al Estado, creando junto con sus ideas de naciones «alternativas» unas comunidades políticas, sociales y económicas

35. ARANA, S.: *Antología de Sabino Arana*. Roger. Donostia, 1999, p. 140.

36. Cit. en MEES, L.: *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*. Fundación Sabino Arana. Bilbao, 1992, p. 13.

que pretenden establecer su propio Estado-mercado-nación. El que estas peticiones se realicen de forma explícita, o que por el contrario se presenten como autonomismos o regionalismos más gradualistas, va a depender más del margen que los distintos estados permitan a sus disidencias, que a esencias ideológicas de los nacionalismos secesionistas en cuestión. Es por esto que analizar las políticas de los distintos grupos nacionalistas en los espacios políticos de Quebec y Euskadi, sea un análisis distinto al de sus presupuestos ideológicos, que en ambos casos son los mismos: un nacionalismo ultracatólico de base étnica más que lingüística, en el que la respuesta a la industrialización de sectores sociales perjudicados por ella, pero en vías de adaptación al proceso, asumen un papel activo y generador de una nueva cultura nacional, alternativa a la del Estado propio. Porque la creencia en la nación, se demuestra aplicando políticas nacionalistas.

NACIONES Y POLÍTICA: PARTIDOS NACIONALISTAS

Antes de 1918, el sentimiento nacional aún no había cristalizado, entre amplias masas de la gente, en un componente estable de la conciencia, porque la gente todavía no era consciente de la discrepancia entre lealtad al Estado y a la nación, o aún no había elegido claramente entre las dos.

P. HANÁK³⁷

Una vez que las ideas «nacionales» de Quebec y Euskadi, en sus distintas vertientes, vayan apareciendo a finales del siglo XIX y principios del XX, sus expresiones políticas van a ir tomando un creciente peso. Con independencia de anteriores experiencias políticas de agitación francocanadiense (como las del primer ministro de Quebec, Honoré Mercier en 1885, contra la ejecución de Louis Riel), el nacionalismo quebequés como movimiento político surge a principios del siglo XX. Durante el conflicto originado por las Guerras Bóer (1899-1902), numerosos políticos francocanadienses rechazan la intervención de Canadá apoyando al Imperio británico, y denuncian la decisión de Ottawa de enviar 7.000 soldados al frente. Desde este convulso comienzo de siglo, el nacionalismo quebequés ha rechazado la participación canadiense en las guerras británicas, y ha visto incrementada su fuerza en cada una de las crisis bélicas de la primera mitad de la centuria. Uno de los que más se opuso a la intervención en la guerra fue Henri Bourassa, terrateniente, industrial y nieto de Louis Papineau (el líder de la Rebelión de 1837), quien encarnaba a la perfección las frustraciones y aspiraciones del Quebec de su época.

Bourassa fue quien fundó el periódico *Le Devoir* en 1910, portavoz oficial de las denuncias francocanadienses contra la agresión británica; fue diputado, primero liberal (hasta 1898), luego independiente, y desde 1903 nacionalista, en Ottawa (1890-1907 y 1925-1935) y Quebec (1908-1912); Bourassa era en sí mismo un partido político: la *Ligue Nationaliste* (LN), fundada en 1903, y que desde 1904

37. Cit. en HOBBSAWM: *Naciones...*, *op. cit.*, p. 137.

contaba con un semanario propio, *Le Nationaliste*, editado por Olivar Asselin³⁸. Desde su fundación, la LN arrastró un creciente número de votos y su clímax político le llegó en 1914-18, durante la Crisis de la conscripción. Bourassa, y con él todo el nacionalismo, ya francoquebequés, se habían opuesto a la intervención de Canadá en otra guerra «imperial», en esta ocasión la Primera Guerra Mundial. Cuando el Gobierno ordenó una leva obligatoria de 100.000 soldados, en 1917, estallaron motines en las principales ciudades quebequesas, y el 40% de los reclutas francófonos desertaron, mientras los partidos federales eran arrasados en las elecciones provinciales y Montreal veía monopolizada la alcaldía por populistas francófonos (Médéric Martin, 1914-24 y 1926-28)³⁹.

Como estructura política, la LN no sobrevivió al final de la contienda, pero algunas de sus estructuras se mantuvieron: *Le Devoir* y *Le Nationaliste* siguieron editándose, y el movimiento de *Caisses Populaires* iniciado por Alphonse Desjardins en 1901 con el apoyo político de Bourassa, comenzaba a articularse —eran más de 200 cajas populares en 1920— como las estructuras financieras de los pequeños y medianos ahorradores francófonos. El contexto de crisis nacionalista vivido en torno a 1914-18 se había relajado bastante, y la década de 1920 fue la más dorada de la economía montrealés y quebequesa, así como el momento en que Bourassa, alejado de su francocanadiensismo de principios de siglo, y ya plenamente inserto en la tradición nacionalista y católica de Tardivel, desarrolla su discurso nacionalista más clásico:

«Nuestro objetivo especial, como francocanadienses, es insertar dentro de América el Espíritu de la Francia cristiana. Es defender contra todas las novedades, quizá hasta contra la propia Francia, nuestra herencia nacional y religiosa»⁴⁰.

Con este discurso, Bourassa enlaza con la filosofía de la *Action Française* adaptada a Quebec. Tras los relajados años 20, las cosas volvieron a complicarse bastante con la crisis de 1929: entre 1929 y 1932, Canadá pasaba del pleno empleo al 25% de paro y perdía un 30% de su PIB, mientras en el área de Montreal el desempleo ascendía al 40%⁴¹. En este contexto de crisis económica, muchas tensiones sociales tendieron a expresarse como enfrentamiento racial y en clave nacionalista. Así, a principios de los 30, ultranacionalistas francoquebequeses protagonizaban pogromos en el barrio judío de Montreal, con la aquiescencia de las autoridades provinciales (francófonas) y federales (anglófonas), que entendían esta violencia como válvula de escape⁴².

Va a ser en este contexto en el que nació en 1933 un movimiento basado en los sindicatos católicos y en las ya muy fortalecidas *Caisses* (800 nuevas sucursales se

38. LEVITT, J.: *Henri Bourassa and the Golden Calf: the social program of the Nationalist of Quebec (1900-1914)*. UOP. Ottawa, 1972.

39. DIKINSON y YOUNG: pp. 245-255.

40. FINLEY: *op. cit.*, p. 347.

41. PALMER: *op. cit.*, p. 219.

42. DELESIE, E.: *Le Traître et le Juif: Lionel Groulx, Le Devoir, et le délire du nationalisme d'extrême droite dans la province de Quebec: 1929-1939*. L'Étincelle. Outremont, 1992.

abrieron entre 1934 y 1945)⁴³, que presentó su *Programme de restauration sociale*, a modo de manifiesto regeneracionista. Este movimiento se plasmó políticamente en la *Action Libérale Nationale* (ALN), que se presentó a las elecciones de 1935 en coalición con el Partido Conservador (presidido por Duplessis) con el nombre de *Union Nationale* (UN), autodefinida como liberal, católica y francoquebequesa, y sería el primer movimiento político nacionalista que alcanzase el poder en Quebec. Pese a las primeras intenciones, tras el buen resultado electoral de 1935, el líder conservador inició una serie de movimientos que acabaron en 1936 con la expulsión de los líderes de la ALN: Duplessis, instrumentalizando el apoyo recibido del bajo clero en el campo, y de los *caissistes* (los empresarios liberales y conservadores montrealenses) en las ciudades, conquistaba el poder regional (para él nacional), en Quebec.

Con sus promesas de electrificar el campo y construir carreteras, controló la red clientelar del Quebec más tradicional, y a esto unió la alianza de los intelectuales más nacionalistas: recogió el legado político de Bourassa, y contó con Groulx entre sus colaboradores; a través de estas dos tradiciones, la política y la historiográfica, enlazó con la idea de Quebec de Tardivel, activando el poderoso nacionalismo francocatólico de la provincia. Con estos apoyos, la UN consigue la mayoría absoluta en 1936 al tiempo que se vio despojada de sus aspectos más progresistas, quedando sólo sus aspectos más populistas, nacionalistas, conservadores y católicos:

«Duplessis prometió combatir el nepotismo, el patronazgo y la corrupción, y llegó a convertirse en un experto en el uso de la retórica anti-trust sin hacer ninguna propuesta específica [...]. Una vez en el poder, demostró ser un amigo tan bueno de las empresas —extranjeras y libres— como cualquier empresario pudiese desear»⁴⁴.

El nacionalismo de Duplessis aislará Quebec de la evolución política y económica del resto de Canadá (salvo el interregno 1940-44) hasta la muerte de *Le Chef* en 1959, por la negativa del *Premier* quebequés a desarrollar cualquier programa federal en la provincia. Los resultados de esta decisión serán la tercermundización de la economía quebequesa, que se convierte en una suministradora de materias primas a EE.UU.; el retraso de una enseñanza primaria y secundaria monopolizadas por la Iglesia católica, y una enseñanza universitaria sin ningún fondo público; una sociedad sin ningún servicio social público (otro monopolio eclesiástico), y en la que el éxito del nacionalismo católico afianzado a lo largo del primer tercio del siglo xx parecía consolidar la decadencia de Quebec dentro del Estado canadiense, que veía ascender otras áreas económicas como la de los Grandes Lagos o la Costa Pacífica. Pero con independencia de lo que ocurriese posteriormente, fue este nacionalismo católico, más aislacionista que secesionista, francoquebequés y ruralizante, el que conquistó la hegemonía política de la provincia en 1936, y el que la administró hasta el surgimiento de una nueva generación de nacionalistas quebequeses en la década de 1960.

43. DIKINSON y YOUNG: *op. cit.*, p. 269.

44. FINLAY, J. L.: *op. cit.*, pp. 383-387.

Una vez más, la evolución política del nacionalismo quebequés nos permite trazar paralelismos (que no igualdades) con el caso vasco. Con independencia del momento original de la ideología y el partido nacionalistas de Arana, el peso político del nacionalismo vasco también va a originarse en las postrimerías del siglo XIX, en el contexto de una guerra entendida como imperialista, en este caso, la de Cuba. Fue en 1898 cuando los *euskalerrikos* de Ramón de la Sota, los «liberales conservadores» vascos, entran en el PNV, dotándolo no sólo de una militancia de clase más alta y mayores recursos económicos, sino, además, aportándole una estructura de cuadros políticos con los que participar en el sistema de turno político de la Restauración.

Desde este momento, siguiendo a L. Mees, la historia del PNV atraviesa varias etapas hasta la ilegalización de 1923: tras la fundación de 1895, la entrada de los *euskalerrikos* de 1898, y la muerte de Arana en 1903, el PNV entra en una lucha por su reconocimiento como partido y como una presencia política dentro del sistema de la Restauración. Esta primera etapa, liderada por Luis Arana (hermano de Sabino), concluye con su expulsión en 1916; fueron los años en los que el PNV se convirtió en un movimiento de masas, y en los que cambia su definición por la de Comunidad Nacionalista Vasca (CNV). La segunda etapa (1916-18), es la del auge del nacionalismo como proyecto político y su victoria electoral en Vizcaya, a la que suma una presencia más o menos fuerte en las demás provincias vascas; desde este éxito, el nacionalismo se embarca en una aventura «autonomista», que fracasará de forma total. Desde 1919 se inicia una etapa de decadencia y crisis de la CNV, agravada por la persecución gubernamental y por la escisión de un nuevo partido nacionalista en 1921: PNV Aberri. Esta situación de «reflujo» político será la que vea llegar la «prohibición» del nacionalismo con la Dictadura de Primo de Rivera, en septiembre de 1923⁴⁵.

Con la caída de la Dictadura en 1931, el nuevo Estado republicano español, autodefinido como «integral», va a abrir por voluntad propia la posibilidad de conceder estatutos de autonomía a las regiones que lo constituyen. Aunque entre 1931 y 1936 el único Estatuto concedido fuese el catalán, este debate será clave en el desarrollo del nacionalismo vasco republicano. Este debate (que no se vivió en Quebec), se dio en unas condiciones de crisis económica similar a la francoamericana: tras la expansión económica de los años 20, la producción de hierro vizcaína, indicador económico regional, pasaba de 807.400 tm en 1929, a 513.200 en 1931, 421.100 en 1934 y 262.700 en 1936⁴⁶. Va a ser en este contexto en el que un PNV reunificado en 1930 (al reincorporarse PNV Aberri en la CNV, retomando como nombre PNV), plantee su propuesta de Estatuto.

De hecho, la refundación-refundición del PNV duró poco. A finales de 1930 nació Acción Nacionalista Vasca (ANV), partido nacionalista, aconfesional, liberal y republicano. Cuando en 1931 llegue la República, el contexto estaba dado para que algunos ayuntamientos nacionalistas proclamaran efímeras repúblicas vascas. Mientras el nuevo Gobierno se establece y asienta, el PNV promovió el Estatuto

45. MEES, L.: *op. cit.*

46. BELTZA: *El nacionalismo vasco (1876-1936)*. Txertoa. Hendaya, 1974, p. 204.

de Estella, aprobado en junio por una Asamblea de municipios de las cuatro provincias. La aprobación de la Constitución republicana en diciembre del 31 declaró el proyecto de Estatuto inconstitucional, al tiempo que se establecían las pautas a seguir para la concesión de uno nuevo. El nuevo proyecto de Estatuto, hecho en Vitoria en 1933 y aprobado en referéndum (aunque sólo en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya), fue bloqueado por las Cortes, aunque será la base aplicada al Gobierno vasco de Aguirre en 1936-37 (en partes de Guipúzcoa y Vizcaya).

Este nuevo PNV ha articulado en torno a sí una red social de la que participa el sindicalismo nacionalista (la Solidaridad Obrera Vasca, fundada en 1911, pasa en 1933 a denominarse Solidaridad de Trabajadores Vascos), los centros sociales o *batzokis*, una prensa propia con el diario *Euskadi* a la cabeza, una asociación de mujeres, la *Emakume Abertzale Batza*, y numerosas asociaciones culturales y deportivas, y participaba de una solidaridad con otros nacionalismos del Estado español como el catalán y el gallego (en la sociedad Galeuzca, nacida en 1933). Esta comunidad nacionalista va a ser la que en julio de 1936 mantenga la lealtad hacia la República, consiguiendo con ello su Estatuto, y el triunfo del PNV, grupo hegemónico en el primer Gobierno vasco nacido el 7 de octubre de 1936, que en su primera y breve declaración, ya decía:

«El Gobierno Vasco salvaguardará las características nacionales del pueblo vasco, prestando al fomento de las mismas toda la consideración y protección a que le obliga el reconocimiento de la personalidad vasca, de la que es exponente y garantía este Gobierno, viniendo por ello obligado a la defensa de la libertad y de los valores espirituales y sociales reconocidos por la ley y sellados por la sangre»⁴⁷.

En la misma ceremonia de proclamación, en Guernica, la *ikurriña*, bandera diseñada por los hermanos Arana como de «Bizkaia», era izada como la del Gobierno vasco, y se consagraba desde esos instantes como la de Euskadi, aliada de la República española en su lucha contra los militares rebeldes. Poco antes, la nueva bandera de Quebec había sido izada por primera vez por Duplessis, al iniciar su mandato como primer ministro de la provincia. La derrota que le esperaba a Aguirre no le esperaba a Duplessis, si bien ambos morirían en 1960 y 1959 en el ejercicio de sus cargos, aunque el primero en el exilio y el segundo en el poder.

CONCLUSIONES: NACIONALISMOS CONVERGENTES

Al final, la coincidencia de un PNV y una UN en el poder en 1936, por sí sola, no explica nada. Una vez visto los desarrollos históricos que rodean los orígenes de los movimientos nacionalistas tanto en Quebec como en Euskadi, pueden comenzar a expresarse algunos paralelismos. Evidentemente, el primero y

47. PABLO, S. de; GRANJA, J. L. de la y MEES, L.: *Documentos para la historia del nacionalismo vasco*. Ariel. Barcelona, 1998, pp. 120-121.

más importante de estos paralelismos es la carencia de un Estado propio por parte de ambas ideologías, así como la existencia de unos rasgos lingüísticos, culturales, históricos y hasta jurídicos que los separaban de sus respectivos marcos estatales. En ambos casos, el nacionalismo secesionista que propugnan está más motivado por las problemáticas en torno a la configuración de sus estados centrales (Canadá y España) y el proceso general de modernización e industrialización, que a cuestiones derivadas de la cultura tradicional. Es decir, que tanto Quebec, como Euskadi, entendidas como ideas, nacen como reacción a las ideas anteriores de Canadá y España, que no son capaces de influir sobre el total de las sociedades de sus respectivos estados.

Entendidas así las cosas, el estudio comparativo de las sociedades y los nacionalismos en Quebec y Euskadi entre 1880 y 1936, sirve sobre todo para afirmar que los nacionalismos secesionistas analizados actúan más influidos por factores externos (la actuación y el momento de los respectivos estados y nacionalismos centrales), que internos. De hecho, la «pendulación» como característica de la historia del PNV, responde a la necesidad que el nacionalismo secesionista tiene de adaptarse a su entorno social, para poder actuar como una comunidad nacional sin Estado. Esta característica sería también aplicable a un nacionalismo quebequés, autodefinido como «liberal conservador» y católico, una adscripción que compartía con el nacionalismo vasco. Junto a estas coincidencias, hay también diferencias: el vasco es un nacionalismo de «partido», se articula como una comunidad que participa de la política como tal (el PNV, la CNV, la ANV...), mientras que el quebequés es en esta etapa un nacionalismo más de «políticos individuales» (Bourassa, Duplessis). Es más, aunque ambos nacionalismos se declaren católicos, en Quebec esto supone enfrentarse al poderoso anglo-protestantismo canadiense, mientras en Euskadi significa enfrentarse a una jerarquía eclesiástica que suele colaborar con el Estado que la cobija. Entonces, vista la sucesión de elementos comunes y diferenciales ¿qué hizo que tanto Tardivel y Arana por un lado y Duplessis y Aguirre por otro, fuesen coetáneos?

La hipótesis a seguir confirmando desde este trabajo es la de que los nacionalismos secesionistas en Quebec y Euskadi, que comparten un mismo radicalismo ideológico original (el nacionalismo católico de Tardivel y Arana, culturalista y racista) y una misma «flexibilidad» en su práctica política (el «Péndulo patriótico»), tenderán a «converger» en sus comportamientos tanto sociales como políticos, cada vez que los factores externos (los nacionalismos y estados canadiense y español) así lo permitan. De esta manera, la idea plutarquiana de historia paralela nos descubre numerosos casos a estudiar, mientras se comparan Quebec y Euskadi: Desjardins y Sota, empresarios exitosos que se implican con el nacionalismo; Kizkitza y Groulx, como propagandistas de la idea de nación; los movimientos de recopilación del folclore y de trabajo cultural de ambas sociedades en la década de los 20; el impacto de la Depresión de los 30... Estas «convergencias» en las historias de Quebec y Euskadi tendrán también sus momentos divergentes, como se verá en 1937, cuando la UN de Duplessis aún no haya acabado de estabilizarse en el poder, y el lehendakari Aguirre marche derrotado al destierro.

Cuando el contexto histórico vuelva a presentar problemas similares a las sociedades de Quebec y Euskadi en la década de los 60, un nuevo proceso de convergencia se iniciará, y un nuevo nacionalismo surgirá fuerte en los años setenta, tanto en una como en otra sociedad, si bien fuera de los límites cronológicos del presente estudio. El plantear esta hipótesis que define los nacionalismos quebequés y vasco como convergentes, obliga a hacer una última reflexión sobre el estudio de los nacionalismos:

«La cultura nacional se fomenta y desarrolla, no como una serie hegemónica de ideas, sino como mecanismo para promover valores comunes al tiempo que permite el debate en torno a la naturaleza de la sociedad misma»⁴⁸.

48. KEATING, M.: *Naciones contra el Estado. El nacionalismo de Cataluña, Quebec y Escocia*. Ariel. Barcelona, 1996, p. 261.